

recto de todos los trabajadores del mundo. Necesita hierro, herramientas, aunque sólo sea una aguja. Si todo eso se le negara á un inventor, ¿qué haría de su idea? Claro es que se necesita más inteligencia para inventar la telegrafía sin hilos que para hacer ladrillos, cortar piedras y serrar madera, pero supongamos que á Marconi, cuyo genio admiro, se le hubiera negado un local... Además, no se comprende Marconi sin Franklin, Volta y otros muchos. Toda invención es el trabajo, no de un solo hombre, sino el producto del trabajo de todas las generaciones pasadas y presentes.

—¡Alto, señor Prolo! Usted olvida que para adquirir la ciencia necesaria para su invención Marconi ha gastado una fortuna.

—Responde usted á la contestación por la cosa contestada. ¿Con qué derecho poseía Marconi esa fortuna? Mientras médicos, abogados, ingenieros, etcétera, acudían á las escuelas superiores gastando «una fortuna», yo me encontraba como un reptil en las infectas galerías de las minas extrayendo el combustible indispensable para cocer su olla... y también la de usted.

—En resumen, usted opina...

—Que todas las riquezas naturales y sociales son patrimonio común de todos los hombres y que todos deben poder gozar de ellas según sus necesidades.

—¿Y el pago de mi alquiler?

—¿Y la vida de mis hijos?

EMILE CHAPELIER

CRÓNICAS SOCIALES

La chispa

De todos los ecos—aun no lejanos—de la fiesta salvadoreña con que un pueblo hermano siempre ansioso de la libertad que bien merece y nunca alcanza, conmemoró su primer grito de independencia, ninguno tan simpático y tan trascendental como el que nos ha traído dejos del acento obrero centroamericano.

Mientras los diplomáticos de los cinco gobiernos del istmo rodeaban al mandarin de El Salvador—acallando con música de organillos oratorios desvencijados y con ruido de copas y descorchamiento de botellas los ayes lastimeros que salían de las prisiones del Estado,—los trabajadores de los cinco pueblos—fraternalmente agrupados,—ponían atento el oído á esos clamores lamentables y meditaban profundamente en su libertad del porvenir.

Y luego que meditaron, alzaron sus manos endurecidas por la faena y juraron no hacer armas jamás los unos sobre los otros.

Aquí quedó virtualmente sellada, á nuestro ver, la verdadera unión de los pueblos centroamericanos.

No saben los déspotas neurasténicos y antojadizos, lo peligroso que es jugar con esa fuerza latente que incuba en los talleres, para regarla en los campos, la revolución social que al fin ha de venir. Que si de ello pudieran darse cuenta en su arrogante ignorancia, no arrastrarían á las masas trabajadoras á colaborar en la comedia de sus inmorales celebraciones.

¿Cuál de ellos iba á sospechar que del tumulto de la festividad con que quisieron engañar su propia conciencia respecto de mentidas autonomías populares que aun no han alboreado en nuestros predios, iba á salir la chispa para el futuro incendio en que han de perecer sus ambiciones y sus concupiscencias?

Porque la resolución de los obreros de no admitir la guerra entre ellos, ata dentro de sus jaulas á las fieras del